

# 1

«Una pregunta que a veces me tortura:  
¿estoy loco yo o los locos son los demás?».

*Albert Einstein*

NORA

«WEISSNICHTWO».

Sí, no era una palabra fácil de decir. Sin embargo, estas sílabas en *staccato*, a menudo mal pronunciadas, habían estado haciendo tictac en mi cerebro como el clic del metrónomo de mi profesor de piano durante los quince últimos minutos. *Weiss-nicht-wo, Weiss-nicht-wo, Weiss-nicht-wo*. Me había puesto a tamborilear con los dedos siguiendo el ritmo.

Esa complicada expresión había sido acuñada por Thomas Carlyle en su obra satírica *El sastre sastreado*, por lo que no era sorprendente que los organizadores la seleccionaran para el Concurso Nacional de Ortografía Belltone. Incluso quien mejor supiera deletrear podía ser expulsado por ella, tal vez porque la «w» se pronunciaba como una «v» germánica o tal vez porque cometían un error de novato como olvidar la mayúscula del principio.

Pero hacía cuatro años no me había equivocado en ese renombrado concurso de ortografía. La había dicho de forma perfecta, ya que en mi familia no se permitía meter la pata. Había sido el último año que podía competir, a los catorce años, y me había tocado *Weissnichtwo*, con la que vencí al chico con acné de Rhode Island en la sexta ronda.

Mi cociente intelectual era de 162, y la mayoría de la gente consideraba que era un nivel de genio. Aun así, había tenido

que entrenarme mucho para el concurso de ortografía, y estudiar una lista de palabras de doscientas páginas y treinta mil tarjetas de memoria durante dos horas al día, cuatro días a la semana. Durante todo un año. En aquellos días, enseguida le había recordado a la gente que a Einstein se le daba fatal deletrear.

Mi madre chasqueó los dedos delante de mi cara.

—Nora Grace, por favor, deja de estar encogida y siéntate bien. Una buena postura mejora el atractivo general. Ya lo sabes.

Enderecé la espalda.

—El señor Cairn está a punto de llamarte al estrado —añadió—. No me decepciones.

Asentí con la cabeza.

Torció los labios mientras examinaba mi nuevo vestido y mis sandalias marrones.

—Ponerte ese vestido amarillo ha sido muy mala idea. Te deja la piel apagada, y me sorprende que lo haya elegido mi ayudante. Normalmente tiene mejor gusto. Por favor, no vuelvas a escoger este... —señaló mi ropa— terrible conjunto otra vez. —Suspiró—. Al menos no te has puesto esas espantosas botas vaqueras.

Me agarré a los bordes de la silla, negándome a oír su último comentario. ¿Pensaba que yo era estúpida? Ya sabía que no debía usar las botas delante de ella, porque me iba a dejar la huella de la mano en la mejilla por tamaña infracción. Ignoré a mi madre como pude y miré las tarjetas de notas, concentrándome en recordar todo lo que mi entrenador de deletreo me había enseñado.

Ella continuó con su sermón mientras centraba la atención en el director de la Academia Briarcrest.

—Siento no haber podido ayudarte a comprar un vestido apropiado. Ahora que Geoffrey ha dimitido, todo es un caos, así que voy a tener que trabajar más horas; me quedaré en el apartamento de la ciudad. No puedo hacer otra cosa —comentó, encogiéndose de hombros de forma elegante—. Sin

embargo, me preocupo por ti. Dentro de unos meses estarás en Princeton, y nunca pasarás de primer curso si no dejas de soñar despierta. Esperamos grandes cosas de ti, Nora.

—Sí, señora.

Me examinó de nuevo, esta vez clavando su mirada crítica en mi cintura.

—Mona me ha mencionado que no te has pesado todos los días, y estoy preocupada. No te olvides nunca de lo gorda que estabas.

Estudí el vestido que llevaba, de la talla treinta y ocho, y respiré hondo. Mona, el ama de llaves, informaba a mi madre de todo lo que hacía. Probablemente llevaba un registro para indicarle cuándo orinaba.

—Oh, y tengo una noticia que llevo tiempo queriendo contarte. Finn se mudará a casa después de Navidad —dijo con una sonrisa—. Houston no le está funcionando como pensaba, así que va a trabajar al centro, en el bufete de tu padre.

Tragué la bilis que me provocaba lo que me decía. Siempre Finn, mi medio hermano. ¿Por qué iba a importarme lo más mínimo?

Miré a mi alrededor en busca de mi padre, pero él ni siquiera escuchaba al señor Cairn ni lo que nosotras decíamos. Tenía el teléfono sin sonido, pero no dejaba de enviar mensajes. No quería estar ahí.

En el escenario, el señor Cairn estaba terminando el discurso.

—... en las jornadas de inscripción y de puertas abiertas de la Academia Briarcrest. Este otoño será nuestro centenario, y esperamos celebrar este evento durante todo el año. Y ahora, para dar la bienvenida a nuestros nuevos alumnos, la presidenta de la clase del año pasado, Nora Blakely, les ofrecerá unas palabras. Ella es uno de los mejores activos de la academia: no solo fue la campeona del Concurso Nacional de Ortografía Belltone hace cuatro años, sino que actualmente es la editora del anuario, la cocapitana del equipo de debate y una

de las primeras beneficiadas por la estimada beca James D. Gobble para asistir a la universidad de Texas. Es un modelo ejemplar para todos los que estamos presentes. —El señor Cairn sonrió benignamente a la primera fila, donde estábamos—. Sin más preámbulos, por favor, un aplauso para la señorita Nora Blakely.

Siguieron los educados aplausos.

—Ve a por ellos, hermanita —me dijo Finn cuando me levanté para subir los escalones de madera que conducían al escenario. Sorprendida al escuchar su voz, me volví notando que obviamente había llegado tarde y que había estado sentado justo detrás de mí durante todo el tiempo. Me sentí como si algo me corroyera por dentro. Se suponía que no debía estar ahí: era un día de diario y vivía a cuatro horas. En lo más profundo de mi estómago, me di cuenta de que mi madre le había dicho que viniera. Y él siempre hacía lo que ella decía; igual que yo.

Mientras lo miraba, los sonidos de la gente sentada en las duras sillas llenaron mi cabeza y luego desaparecieron de la manera más extraña. Me dio un ataque de vértigo, lo que hizo que el gimnasio diera vueltas salvajemente a mi alrededor, como si estuviera en un tiovivo. Asustada, me controlé agarrando los lados de mi vestido y mordiéndome la parte interior de la mejilla hasta que noté el sabor a cobre de la sangre.

Verlo me había hecho ponerme todavía más nerviosa.

Me estremecí de repugnancia al ver su cara demacrada y sus ojos rojos con la piel flácida debajo. Cocaína. Algún día, la droga le robaría por completo su hermoso rostro y haría estragos en él. Pero su ropa gritaba dinero, desde el traje a medida hasta el reloj Louis Vuitton. Al igual que yo, era agradable por fuera.

Movió las manos con nerviosismo, haciendo que me fijara en la larga cicatriz dentada que tenía en la derecha. Ese desagradable corte había recibido ochenta y cinco puntos de sutura en urgencias, y si se subía la manga, le llegaba hasta el

modo. Mientras se la miraba, se sonrojó, y bajó la cabeza para clavar los ojos en sus zapatos, como si la respuesta a todas las preguntas de la vida estuviera en el sucio suelo del gimnasio. Y no lo estaban.

De repente deseé estar drogada. Al menos no recordaría lo que había hecho.

Le di la espalda y me alejé. Él no era nada para mí.

Mientras subía los escalones, me alisé el vestido y traté de respirar de forma uniforme, para poder ofrecer mi bien preparado discurso sobre lo maravilloso que era ser un estudiante de la Academia Briarcrest, lo superguay que era si estudiabas mucho y sacabas buenas notas, y lo increíblemente fantástico que resultaba ser rico e inteligente en este pequeño mundo de mierda. Bien.

Resoplé. «Si esta gente supiera la sucia verdad sobre mí... Lo débil que soy. Cómo muero cada día un poco. ¿Me mirarían de forma diferente? ¿Me tratarían como a una paria?».

«Sí», susurró mi voz interna.

«Ignórala y respira hondo», me ordené a mí misma. Inspiré profundamente por la nariz y solté el aire por la boca mientras avanzaba hacia el señor Cairn, al que en secreto había apodado «el Topo», un topo bastante agradable, no obstante. Con su pelo gris y su bizquera, parecía una mosquita muerta, aunque no lo era; también tenía instintos agudos y una inteligencia aún más aguda. Nada pasaba desapercibido para el Topo. Incluso en ese momento, su mirada estudió mi expresión, y creo que tal vez pudo darse cuenta de mis grietas. Automáticamente, mi cuerpo entró en modo concurso de belleza, y me precipité hacia él como un robot, con las nuevas sandalias que mi madre odiaba repiqueteando en el escenario.

Había llegado el momento del *show*.

El señor Cairn me miró y se apartó educadamente para ocupar un asiento cercano al escenario, junto con el vicedirector y varios estimados exalumnos que ayudaban a convertir a la Academia Briarcrest en uno de los mejores colegios

privados de Texas. Les dediqué un saludo, ofreciéndoles mi ensayada sonrisa falsa, y me volví para mirar al público. Con el brillo de los focos incidiendo en mi cara, era difícil ver mucho más allá de la primera fila, pero sí logré vislumbrar a mis padres y a mi mejor amiga, Mila, que estaba con los suyos. También percibí la presencia de Drew Mansfield, que había sido mi amor secreto desde séptimo grado —que se pudra en el infierno por haber follado conmigo el año anterior y luego haberme dejado—. Me había destrozado el corazón, y me daba miedo verlo con su sonrisa torcida en la academia, día tras día. En la cafetería. En clase. En el debate.

Al menos Finn se había ido. No me sorprendió que su asiento estuviera vacío: siempre le había sido difícil enfrentarse a mí a la luz del día. Reinaba en la noche. El resto de la audiencia seguía sentada en la oscuridad. Esperando. Mirando a la chica perfecta.

Llevaba ante el estrado demasiado tiempo, porque noté que mi madre me miraba y hacía un movimiento discreto con las manos para que empezara. Los labios de mi padre se habían convertido en una fina línea, y podía ver la impaciencia que surcaba su cara. Probablemente tenía una reunión importante en el juzgado. ¿Sería ese mi futuro? ¿Seguir sus pasos, haciendo ciegamente lo que la sociedad esperaba de mí? ¿O me convertiría en alguien como mi madre, trepando hasta la cima de una cadena de televisión, intentando alcanzar el estrellato en la televisión nacional? ¿Era eso lo que se necesitaba para ser feliz?

El público comenzó a murmurar, nervioso. Después de todo, esperaban que diera un discurso entusiasta sobre los méritos de la Academia Briarcrest, algo que les demostrara que los cuarenta y dos mil dólares que pagaban al año valían la pena. No podía decepcionarlos, pero mi mente se quedó en blanco mientras miraba ese oscuro abismo, ese gigantesco agujero vacío. Tal vez pude haberme quedado ahí todo el día, negándome a enfrentarme a mi futuro, pero no estaba permitido.

Me ordené a mí misma sonreír de nuevo y hacer gala de mi encanto, pero mi cuerpo se rebeló.

«¡Mierda!».

Eso nunca me había sucedido antes. Y el miedo escénico no era una posibilidad para mí cuando había estado frente al público, exhibiéndome, toda mi vida, al igual que la preciosa vajilla de mi madre. No, esa falta de voluntad de mi cuerpo para actuar era completamente nueva. Con los nervios de punta, lo intenté de nuevo, escarbando en lo más profundo de mi ser, buscando a la Nora que esperaban ver, la chica que la gente decía que era brillante. «Nada». Me lamí los labios, repentinamente secos, sorprendida por la negativa de mi cuerpo a obedecerme. ¿Dónde estaba la chica que podía ganar un premio Oscar por su interpretación de una persona templada?

No podía dejar que vieran mi verdadero yo, el que era obsceno y asqueroso. Me odiarían; les daría asco. Como dicen aquí en Texas, me sacarían de la ciudad embreada y emplumada y sobre un raíl de tren.

Presas del pánico, jugué con las tarjetas de notas, barajándolas en el podio. Tenía que ofrecer ese discurso sin problemas, y si no era deslumbrante y digno del nombre de Blakely, mi madre me mortificaría. Me castigaría.

Traté de sonreír por tercera vez, pero no lo conseguí. Simplemente no hice nada. Ni siquiera un tic facial. Empecé a preguntarme si podría moverme. Me sentía congelada en el sitio, como si alguien me hubiera disparado con una pistola de rayos paralizantes.

¿Era allí donde todo terminaba? ¿Iba a derrumbarme y dejar que ese público viera aquello de lo que me avergonzaba? «Dios, por favor, no».

Agaché la cabeza, recordando mis pecados. Mi ruina.

Mis manos, en ese momento sudorosas, sujetaban con fuerza las tarjetas mientras mi corazón latía, apresurado, tan fuerte que hubiera jurado que la gente sentada en la primera fila podía oír la sangre que corría por mis venas. Todos me

miraban como si me hubiera vuelto loca. Y así era. Por fin había salido del borde del abismo en el que había estado durante años.

Cerré los ojos y pensé en «*Weissnichtwo*», dando vueltas a la palabra en mi cabeza, dejando que las sílabas me tranquilizaran. Las palabras siempre me hacían sentir mejor. Solo que esta vez no funcionó, porque me sentía como rota por dentro. Como un pastel que hubiera estado en el horno demasiado tiempo y ya estuviera más que hecho.

Terminado.

Solté las tarjetas, que cayeron al suelo, y vi que se agitaban como pajaritos asustados escapando al fin. Levanté la cabeza y me enfrenté al público. Aclarándome la garganta, me incliné sobre el podio hasta que mis labios estuvieron justo sobre el micrófono y pronuncié mi nuevo discurso de apertura.

—Que se joda la Academia Briarcrest y que os jodan a todos.

Por fin, parte del dolor y de la oscuridad que habían envuelto mi alma se desvaneció.

Esta vez sonreí de verdad sin siquiera intentarlo.

Qué bueno era ser mala.

## 2

*«Nunca conocí a una chica de la  
que no pudiera despedirme».*

*Leo Tate*

LEO

«¿Qué coño acaba de pasar?».

Una cosa estaba clara: la pequeña señorita Buttercup me había dejado alucinado. Cuando la vi aparecer, con aspecto de acabar de salir de un anuncio de Gap, esperaba tener que sufrir un aburrido discurso sobre la Academia Briarcrest. Pero me había sorprendido diciéndonos a todos que nos jodiéramos. Divertido, observé las reacciones del público que llenaba el gimnasio; la mayoría se había quedado con la boca abierta, mirando a la chica que acababa de despreciar a la élite de la Academia Briarcrest. Bienvenidos a Highland Park, Texas, un próspero barrio de Dallas, hogar de expresidentes conservadores y debutantes de guantes blancos.

Nada que ver con mi amada Los Ángeles, donde había pasado la mayor parte de mi vida, primero como músico y luego como hombre de negocios. Sin embargo, había sido una buena idea mudarme aquí. Teníamos parientes en Dallas, un par de primos. Y, supuestamente, este colegio era el mejor, y eso quería para Sebastian, las oportunidades que nunca había tenido yo.

Observé a la chica del escenario. No era hermosa a la forma clásica, o tal vez no era el tipo de belleza que estaba acostumbrado a ver en el Club Vita, pero había algo convincente en ella, algo que había llamado poderosamente mi atención.

Desde el momento en el que se subió al escenario, mis ojos la siguieron. Probablemente porque era alta, rubia y rica, un ejemplo perfecto de princesa americana. Habría apostado cualquier cosa a que era la chica popular y la novia del *quarterback*. Seguro que tenía un chihuahua como mascota, y que lo llevaba en el bolso. Sin duda, sus padres le habían dado todo lo que su corazón deseaba. Estaba muy malcriada y no sabía una mierda del mundo real.

Nora Blakely representaba todo lo que yo evitaba cuando se trataba de chicas. Las de su clase esperaban amor y compromisos, dos cosas de las que yo había huido hacía mucho tiempo.

Pero aun así la miré fijamente, concentrado en su boca sexy y en sus mohínes mientras curvaba los labios en una sonrisa. ¡Joder! Miré a mi alrededor sintiéndome culpable, preguntándome de dónde coño había surgido ese pensamiento.

«Eso es malo, Leo. Buttercup no es sexy».

Solo un bonito cebo para acabar en la cárcel, definitivamente. Y no la iba a tocar. Nunca.

—Tío, acaba de decirles que se jodan —declaró mi hermano, de diecisiete años, sonriendo—. Esto es lo que yo llamo un buen entretenimiento. Me encanta la elección del nuevo colegio, hermanito.

Le di una colleja.

—Esa lengua, Sebastian.

Sonrió con suficiencia.

Los dos miramos de nuevo al escenario, donde Buttercup seguía en pie, dando el espectáculo. No pude evitar que mis ojos recorrieran sus piernas largas y sus pechos redondos, y me detuve en seco ahí mismo. ¿Por qué estaba soñando despierto con una chica que todavía tenía edad para ir al instituto? Conocía a muchas chicas de mi edad que estaban más que disponibles. Hacía demasiado calor ahí, eso era todo. Cualquiera imaginaría que tenían suficiente dinero para pagar una instalación mucho mejor de aire acondicionado, dado el precio del lugar. Me sequé el cuello y deseé

volver al Club Vita. Quería quitarme el traje y ponerme los vaqueros.

Divertido y agitado, Sebastian se inclinó hacia delante para tener una vista mejor, cuando cinco minutos antes se había estado quejando de lo aburrido que era todo. Ahora su mirada se había clavado en la chica como si fuera su presa.

—Mírala, Leo. Es decir, posee expresión de bibliotecaria sexy, y esa actitud suya es muy provocativa —dijo, observándola con la sonrisa confiada que era típica de Sebastian. Mi hermano era un tipo arrogante, no había duda de ello—. El primer día de clase será mía. Nadie puede resistirse al encanto de los Tate cuando se pone en marcha.

Fruncí el ceño; no me gustaba la idea de que Sebastian se le insinuara a Nora Blakely.

Volvimos a mirar al escenario y vimos que dos miembros de la academia y un hombre y una mujer salían corriendo de la primera fila para rodearla. Después de unos susurros acalorados y unas hábiles maniobras, la llevaron hacia el telón del escenario. Nora parecía resistirse a sus esfuerzos, tirando de sus brazos para alejarse de ellos, pero eran cuatro contra uno y estaban ganando. Me pregunté qué le pasaría entonces. ¿Se le negaría la inscripción o le suspenderían antes de que empezaran las clases? Sentí un poco de lástima por ella hasta que consideré que, con toda probabilidad, era una mocosa que seguramente se había enfadado con alguien y había querido vengarse.

Eché un vistazo al programa, donde se decía que su madre era la presentadora del programa *Buenos días, Dallas*. Volví a alzar la mirada al escenario, esta vez reconociendo a la mujer del público como la estrella del espectáculo matutino número uno de Texas. Todo el mundo veía ese programa, incluso yo. Mientras estaba allí sentado contemplando el drama familiar, la madre pareció perder un poco la calma y plantó las manos como si fueran garras en el brazo de Nora para obligarla a meterse entre bastidores, lejos de la multitud que hablaba entre susurros.

Sí, predije una gran contribución escolar en nombre de la familia Blakely.

Le lancé una mirada a Sebastian.

—No voy a pagar este colegio para que puedas tirarte a las chicas que quieras. Estás aquí para jugar al fútbol americano y obtener buenas notas para poder acceder a una universidad decente. Aléjate de Buttercup —dije, señalándolo con el dedo.

Se rio.

—¿Buttercup? Oh, tío, ¿no tendrás una erección por la chica más inteligente de la Academia Briarcrest? —Arqueó las cejas.

—No, imbécil... —Miré al frente para señalar con un gesto al escenario ahora vacío, esperando no sonar tan estúpido como creía.

—Eres un cabrón, colega. Y demasiado viejo para ella —dijo, negando con la cabeza mientras sonreía.

—Cállate, hermanito.

Se rio como si tal cosa.

Después de que la jornada de puertas abiertas se reanudara tras varias disculpas del director, la busqué. No sé por qué. Pero no volvió a las sillas plegables que habían instalado en el gimnasio. Terminamos de inscribir a Sebastian en las clases y recibimos una copia de su horario. Después de hablar con la mayoría de sus profesores, me reuní con el entrenador de fútbol, el señor Hanford, que le dijo a un animado Sebastian que empezaría la temporada como *running back*. Sonreí mirando a mi hermano, muy orgulloso.

—Oye. No sé si alguna vez te he dado las gracias por habernos mudado aquí, pero te lo agradezco mucho —me dijo cuando salimos del gimnasio, volviéndose hacia mí. Luego miró fijamente al suelo y se encogió de hombros—. Has renunciado a muchas cosas para estar conmigo.

—No he renunciado a nada —aseguré, pero eso no era exactamente cierto. Había renunciado a siete años de mi vida, y no siempre había sido fácil. Sí, habíamos pasado por mo-

mentos difíciles después de la muerte de nuestros padres, sobre todo el año de vacas flacas antes de que llegara el dinero del seguro.

—Me gustaría que mamá y papá estuvieran aquí para verte —confesé, alargando la mano para revolverle el pelo. A menudo me preguntaba cuánto recordaría de ellos. Mi temor era que los olvidara, que olvidara la gran familia que habíamos sido. Solo tenía diez años cuando habían sido asesinados delante de casa—. Oye, ¿y si pedimos una pizza esta noche y hojeamos algunos viejos álbumes familiares? Podríamos burlarnos de papá y sus camisas hawaianas.

Asintió con la cabeza y atravesamos el aparcamiento hacia el Escalade negro, el primer artículo caro que me había comprado cuando vendí el segundo gimnasio en California. Cuando llegamos, miré el coche que teníamos aparcado a la derecha. Dentro de un Mercedes azul oscuro estaba Buttercup en el asiento trasero, con la cabeza apoyada en la ventana. Tenía los ojos cerrados, y me pregunté de qué color serían.

Como si me hubiera presentado, abrió los ojos, y cuando sus iris verdes se encontraron con los míos, fue como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en el universo y solo pudiera verla a ella. En ese tiempo suspendido, mi mirada se la comió, tratando de averiguar quién era y por qué me fascinaba. Fuera lo que fuera, sentí la loca necesidad de consolarla, de apartarle el pelo de la cara y decirle que su vida sería mejor. Quería verla sonreír de nuevo.

«¿Qué coño me pasa...?», pensé, alejando aquellos sentimientos inesperados. ¿Desde cuándo me importaba una chica cualquiera que ni siquiera era mayor de edad?

Por suerte, el universo se puso en marcha de nuevo cuando Sebastian hizo sonar la bocina al entrar en el coche. Salí del trance y me alejé de ella, algo desorientado.

—Ya, ya —murmuré, abriendo la puerta y deslizándome en el asiento del conductor. Permanecí allí unos segundos, sin mirarla. Porque no importaba la extraña fascinación que

sentía por ella: tenía que dejarlo pasar. Esa chica era una fruta prohibida que nunca podría probar.

—¿Qué estabas mirando? —preguntó Sebastian, girando la cabeza hacia el coche de ella.

Me encogí de hombros, actuando como si no pasara nada.

—Estaba ahí Nora Blakely.

—Maldición. Quiero verla —dijo apresuradamente, echándose hacia delante y esforzándose por mirar por mi ventanilla.

Lo empujé, quizá con más fuerza de la necesaria.

—Tío, tranquilízate. Probablemente la hayan expulsado de la academia. Dale un respiro —dije.

Se encogió de hombros y se sentó en el asiento, pero no sin antes mirarme de forma extraña.

—La has mirado fijamente durante mucho tiempo, hermano. Como durante un minuto.

—No, no lo he hecho.

—Lo has hecho —dijo, arqueando una ceja hacia mí.

—Mmm —murmuré—. No me ha parecido tanto tiempo. Sonrió.

—Lo normal es que las chicas te persigan, no al revés.

—No estaba coqueteando con ella. Necesito ir a correr, eso es todo, para poder deshacerme de toda esta energía acumulada.

—Oh, oh..., aquí llega la señora Blakely —radió Sebastian, cuya atención había sido captada por la mujer que atravesaba airada el aparcamiento, moviendo los brazos de un lado a otro. Su expresión parecía molesta, y tenía los puños cerrados.

—Y está cabreada —hice notar, decidiendo que esperaría un minuto antes de arrancar el coche.

La dama escudriñó el aparcamiento. Sus ojos parecieron rozar el parabrisas tintado de mi coche antes de acercarse a la puerta de Nora, abrirla de golpe y desatar su furia; una avalancha de obscenidades salieron de su boca mientras Nora se encogía dentro del asiento trasero. Fue asqueroso ver a esa

modélica presentadora de televisión agitando las manos como molinos de viento mientras soltaba palabras que yo nunca usaría con Sebastian.

La forma en que se mantuvo allí echándole la bronca a Nora hizo que mi presión arterial se disparara. Puse la mano en el tirador de la puerta, pero Sebastian me agarró del brazo.

—Sé que quieres rescatarla, pero no lo hagas, hermanito. No hagas que sea peor para ella cuando llegue a casa.

—Joder! —murmuré, aflojando la mano. Pero no me iba a ir de allí hasta que las cosas se calmaran.

Justo en ese momento, la madre se calló. Cerró con un portazo la puerta de Nora y se metió en el puesto del copiloto, ahora con una máscara de cortesía en la cara, como si se estuviera preparando para que las cámaras empezaran a rodar. Abrió el bolso y sacó el teléfono, como si no hubiera pasado nada. Seguí esperando a que se diera la vuelta, tal vez para ver cómo estaba su hija. No lo hizo.

Yo no pude resistirme a mirar a Nora, y pensé en que... pensé en que ella no había dejado de mirarme.

Me subió un escalofrío por la columna vertebral.

—Se acabó —dijo Sebastian—. Vamos, tío.

Asentí con la cabeza, pero no me moví. Me parecía mal dejarla allí.

—Sí —susurré finalmente apartando los ojos de Nora y poniendo el coche en marcha. Sin embargo, antes de alejarme, me poseyó una completa locura, y me besé dos dedos para enviar el beso a la solitaria chica que viajaba en la parte trasera del Mercedes.